

Breve disertación acerca de los orígenes literarios de la metafísica o al revés

Álvaro Uribe*

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Palabras clave: procedencia, literatura, metafísica, física, escritura, sistematicidad

Con la irresponsabilidad de una ignorancia casi perfecta del griego opinaré acerca de los orígenes literarios de la metafísica. Podría decir también, sin torcerle demasiado el cuello a la dialéctica: sobre los orígenes metafísicos de una forma de hacer literatura. Para que mis opiniones en cualquier caso no resulten denodadamente originales, que es el significado primitivo de la palabra *idiotez*, las apuntalaré en una plagiaria relectura de Werner Jaeger, de Walther Kranz, del caprichoso Diógenes Laercio y, por supuesto, de algunos filósofos presocráticos en la versión de Rodolfo Mondolfo. No creo que mi pérdida, al interrogar a esos maestros antiguos y recientes sólo por la mediación de uno de los tres idiomas indoeuropeos que descifro con solvencia, sea irreparable.

Uno de los prejuicios o nociones axiomáticas en que me apoyo postula, precisamente, que en filosofía no existen sino interpretaciones de interpretaciones o, si se prefiere, que todo texto literario es de segunda mano. Para empezar, los de Homero, porque ofrece la explicación más simple o porque se basa en la teoría más romántica, adopto la hipótesis de George Steiner en el sentido de que un solo poeta compiló en su juventud los dispersos cantos de la *Ilíada* y compuso en su

* alvatedi@data.net.mx

madurez los de la *Odisea*. Pero no me parece que haya habido varios Homeros. Lo que discuto, lo que juzgo radicalmente inverosímil, es que él o ellos hubieran deducido de la nada ese prodigioso acopio de experiencias vitales y refinamientos poéticos. Cada obra literaria presupone una ingente literatura anterior y ésta, a su vez, otra más remota, y así hasta un pasado incierto al que no es posible fijarle un origen.

En el principio fue el verso y la versificación, que no es sino una técnica y se identificaban plenamente con la poesía. Doy por sentado que Homero inaugura el género épico al fundar las letras occidentales. Observo, sin embargo, que sus vastos poemas o series de poemas presentan, asimismo, el tejido de disyuntivas morales, de resoluciones impremeditadas, de actos fatales y hasta de transformaciones psicológicas que constituyen la materia prima de cualquier narración. No innovo al señalar que la *Iliada* y sobre todo la *Odisea* pueden leerse como novelas. Recuerdo nada más que lo poético fue originalmente, entre varias otras cosas, una manera memorable de contar.

Que la poesía épica y narrativa de Homero es una síntesis se infiere, por contraste, del esfuerzo de análisis que emprende su inmediato sucesor. Los héroes que protagonizan los relatos homéricos son, expresamente, seres compuestos, mestizos con sangre en parte divina y en parte humana. Como si quisiera deslindar esos bordes sintetizados en el universo heroico, Hesíodo dedica uno de sus grandes poemas a desplegar la genealogía celeste de los dioses y el otro a ilustrar las actividades terrenas de los hombres; pero no me demoraré en las intuiciones ontológicas de la *Teogonía*. Me interesa más destacar que, en *Los trabajos y los días*, la poesía se vuelve deliberadamente didáctica y que el autor, por primera vez hasta donde se tiene noticias, habla en primera persona del singular.

Es significativo que el *yo* autorial aparezca en la literatura griega como la parte acusadora en un litigio. Al reclamarle a su hermano Perses la herencia de que se juzga desposeído inicualemente, Hesíodo no sólo demuestra, en palabras de Werner Jaeger, que para el poeta *no existe asunto poético o prosaico por sí mismo*. Además, convierte a *Diké*, la justicia, presentada como una de las tres *Horas* en la *Teogonía*, en el principio rector de las relaciones sociales. Con este sesgo doblemente pionero, que proclama la individualidad del autor al mismo tiempo que establece las exigencias superiores de la comunidad, la poesía invade el territorio del derecho: único producto del espíritu que, en el siglo VII a. de C. en que se escriben *Los trabajos y los días*, está definiendo en la práctica las reglas de su expresión.

El camino dual que traza Hesíodo tiende, por lo pronto, a bifurcarse. Siguiendo la pendiente social, Tirteo en Esparta y, más tarde, Solón en Atenas, versifican sus ideas acerca de la *polis*. Otros poetas de la Grecia preclásica, de Arquíloco el jonio a Safo la eolia, eligen en cambio la senda que conduce a la exploración de la subjetividad. De esa manera, la poesía se hace política, satírica, lírica: una literal tecnología cada vez más eficaz para manifestar en nombre propio las opiniones y los sentimientos personales del autor. Mientras tanto, pulido por la necesidad de organizar las crecientes ciudades-Estado, el lenguaje del derecho se emancipa de las formas métricas para codificar, en frases claras y distintas, comprensibles universalmente, las obligaciones y las prerrogativas de los ciudadanos. Sólo que los redactores de las leyes griegas, despistados como estará dos milenios después Jourdain de Molière, no saben todavía que escriben prosa.

La toma de conciencia, que el arte traduce siempre en un quehacer, ocurre a mediados del siglo VI a. de C. y en Mileto. “Ahí, donde tienen su origen los seres, ahí también se cumple su disolución, de acuerdo con una ley necesaria, pues las cosas deben expiar recíprocamente la culpa y la pena de la injusticia, de conformidad con la sentencia del tiempo”. Aunque esta oración procede de la *Física* de Simplicio (siglo VI d. de C.), quien comenta a su vez a Teofrasto (siglo IV a. de C.), los filólogos consideran que se trata de una cita textual. Poco importa, para mi propósito, que sea una especie de aforismo, como sospecho por su unidad de sentido y por la redondez de su ejecución, o solo el fragmento de un párrafo; ni que estuviera al inicio o en otro lugar menos conspicuo de la obra de la cual formaba parte; ni que ésta se haya titulado en verdad *De la naturaleza*. El hecho es que esas frases cadenciosas y escuetas constituyen la muestra más antigua, si no la primera, de prosa literaria.

Detrás de cada Homero hay un improbable Orfeo. Como tantos innovadores, como acaso todos los verdaderos innovadores, el primer prosista no inventó: adaptó. Para consolidar la naciente disciplina intelectual que sus contemporáneos llamaban *metereología* —que a partir de Pitágoras o quizá de Anaxágoras empezará a llamarse *filosofía*, que nosotros llamaríamos más bien *metafísica* y que él aprendió de su maestro Tales, milesio asimismo pero ágrafo de acuerdo con la tradición—, Anaximandro (610–547a. de C.) tomó prestados del derecho no sólo los términos técnicos —como la ley, la culpa, la pena, la sentencia— sino el carácter funcional, directo, definible, en suma, racional, del lenguaje. Un poema, incluso uno narrativo como la *Odisea* o pedagógico a la manera de *Los trabajos y los días*, es un fin en sí mismo: un artefacto verbal que se consume y se recrea en cada lectura. La

nueva prosa artística quiere ser, en cambio, un vehículo mediante el cual el orden jurídico del Estado se transfiere a la naturaleza o, para decirlo en mi escaso griego, al atamor donde la *physis* se transmuta en *kosmos*.

Pasará mucho tiempo antes de que los rétores clasifiquen esa operación del entendimiento, que atribuye al todo las características de la parte, con el término puramente gramatical de *metonimia*. En la Jonia de finales del siglo VI y principios del V a. de C. se propaga, entre tanto, el uso del recién diseñado instrumento para pensar. No sólo Anaxímenes (siglo VI a. de C.), discípulo de Anaximandro, escribe a su vez en prosa un tratado acerca *De la naturaleza*. Una generación después, la investigación, que en el idioma de los milesios recibe el nombre de *istorie*, se dirige, o más bien regresa, a los hechos de los hombres y, así, Hecateo de Mileto, usuario de la prosa artística ensayada en las cosmologías de sus mayores, pone los cimientos narrativos sobre los que Heródoto fundará la historia.

Sin embargo, no todo en la Jonia preclásica era conocimiento racional. “Zas [Zeus] y Cronos existieron desde siempre, y también Ctonia; pero Ctonia tomó el nombre de ‘Tierra’ [Gea], pues Zas le dio la Tierra como regalo de bodas”. Se discute si este fragmento de prosa, también procedente del siglo VI a. de C. y del dialecto jónico, es anterior al de Anaximandro. Lo escribió Ferécides, oriundo de la isla de Siros, y la obra a la que pertenecía adquirió más tarde el título de *Teología*. Diógenes Laercio incluye a Ferécides entre los siete sabios de la Antigüedad, que eran de hecho once, y afirma que “hizo, según Teopompo, el primer tratado griego acerca de la naturaleza de los dioses”. Más de un especialista contemporáneo en la filosofía presocrática, como el francés Albert Rivaud y el estadounidense Charles Kant, juzga en cambio, por referencias de terceros, al libro de Ferécides, quien debe haber conocido el de Anaximandro. Yo no presumo ninguna autoridad para intervenir en la discusión. En la medida en que la historia del pensamiento pueda ser un proceso deductivo me inclino, sin embargo, por la precedencia de la cosmología de Anaximandro, y que la falta de frutos de la cosmogonía de Ferécides en la posteridad sugiere que su especulación se iba *por las ramas* en vez de concentrarse en las raíces del árbol del saber.

Lo cierto es que los milesios descubrieron o perfeccionaron el arte de la prosa en la misma época en que su metrópolis era sojuzgada por los persas. A la humillación de Mileto, saqueada y destruida luego de varias décadas de sometimiento en 494 a. de C., se debió probablemente a que la estafeta de la escritura filosófica pasara a otras manos antes de salir de Jonia. Como la de sus antecesores, la obra compacta de Heráclito de Éfeso, quien prosperó en el tránsito del siglo VI

al v a. de C., proyecta la estructura de la *polis* sobre los fenómenos cósmicos, según consta en el fragmento 33, donde establece que “la ley y la sentencia es de seguir lo Uno”, o en el 53, donde advierte que “la guerra es madre y reina de todas las cosas”. La diferencia fundamental es que su filosofía por primera vez hace hincapié en el sujeto del conocimiento: “me he investigado a mi mismo”, declara con suficiencia en el fragmento 101. El filósofo no habla, sin embargo, de su *yo* individual, como hacen los poetas líricos, sino de lo que comparte con todos y cada uno de nosotros. “Lo universal es lo común”, afirma el fragmento 2, “pero mientras la Razón (*logos*) es universal, la mayoría vive como si tuviese una inteligencia absolutamente personal”.

Veinticinco siglos de lecturas y relecturas, de traducciones y reinterpretaciones, no han sido suficientes para agotar la fecundidad de estos fragmentos; tampoco para definir con certeza cuál era su forma primitiva. Walther Kranz conjetura que acaso el *Así habló Zaratustra* de Friedrich Nietzsche dé una idea del desaparecido *Así hablaba Heráclito de Éfeso*. Sin su erudición filológica ni su fervor nietzscheano, propongo que los fragmentos llegados a la actualidad no constituían quizá la obra completa, pero sí fueron redactados desde el principio como están. Por ejemplo el fragmento 40, que es en sí mismo un ensayo, no sé si de pedagogía o de crítica literaria: “El hecho de aprender muchas cosas no instruye la inteligencia, pues de otra manera habría instruido a Hesíodo y a Pitágoras, como a Jenófanes y a Hecateo”. Hay otro, el 27, que encierra el inacabable misterio de un oráculo: “A los hombres, después de la muerte, les esperan tales cosas, que no se imaginan ni sospechan”. La mayoría, sin desmedro de su importancia filosófica, alcanza la concisa perfección del aforismo, como el infinito número ocho, donde se lee: “Todo lo que es contrario se concilia, y de las cosas más diferentes nace la bella armonía, y todo se engendra por vía de contraste”.

Fragmentaria por voluntad de estilo, según me parece, o por una serie de accidentes históricos que mutilaron su continuidad original, según argumenta entre otros expertos el filósofo Enrique Hülsz, la prosa de Heráclito, en cualquier caso, puede, legítimamente, llamarse *poética*: por la riqueza de sus imágenes en el sentido visual de la palabra, por la vehemencia pasional de su tono, por la agudeza de sus intuiciones y por la insolencia oracular con que el autor blande el látigo de la razón para despertar a los lectores del sueño de la percepción. El paso decisivo hacia el ordenamiento puramente lógico del saber se da, curiosa o dialécticamente, en la poesía. Activo como Heráclito alrededor de 500 a. de C., poeta metafísico a la manera de su maestro Jenófanes que aquél despreciaba, Parménides de Elea,

colonia jónica en la Italia continental, es el fundador del discurso del método. Soy incapaz de discutir el valor artístico del poema que una posteridad poco imaginativa tituló, como casi a todas las perdidas obras de los presocráticos: *De la naturaleza*. Me resigno a apuntar que esa gnoseología versificada dio pie, por una coincidencia de contrarios que Parménides hubiera repudiado, a la proliferación del pensamiento dialógico, retórico, escolástico, en una palabra, prosaico, que se conoce con el ambiguo nombre de *sofística*.

Existirá todavía algún iluminado, como Empédocles de Agrigento en Sicilia, que persista en consignar sus teorías en versos hexámetros. Los demás investigadores de los fenómenos naturales y de los hechos humanos, desde Zenón de Elea hasta Anaxágoras de Clazómene, desde Protágoras de Abdera hasta Gorgias de Leontini, sin olvidar a Heródoto ni a los autores del *Corpus hipocrático*, le darán la espalda no a la poesía sino a la versificación. La prosa discursiva o narrativa inaugurada en Mileto, la prosa artística que Heráclito, en algunos fragmentos, parece identificar con el mismo *logos*, será de ahí en adelante, para los filósofos y para los científicos, para los historiadores y para los oradores, el verdadero lugar común. Gracias a esa nueva forma de expresión, acaso la única genuinamente traducible, la cultura humanística concentrada en la Atenas de Pericles se diseminará en el espacio y en el tiempo. Pero ese vasto asunto no sólo elude a mi competencia sino que rebasa con amplitud los límites de una ya no tan breve disertación en torno a los orígenes literarios de la metafísica o al revés.